



EL ZANCAGUINO 28 - III - 1996 P. 3
A4D 5500

"Oficio de tinieblas"

Poemas de Fernando González - Urizar, 1922
Ediciones Mar del Plata, Santiago

COMENTARIO
DE LUIS
AGONI
MOLINA

Entre los poetas mayores de Chile - mayores por su edad y altura poética - no se puede omitir el nombre de Fernando González - Urizar, una de las voces señeras de la mejor poesía que se ha escrito en nuestro país en los últimos cincuenta años. Es cierto que no goza de la fama de Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas o Raúl Zurita, pero en modo alguno ello significa que su obra no haya sido reconocida nacional e internacionalmente. Ahí están para probarlo una enorme cantidad de premios obtenidos por casi cada uno de los libros que ha publicado a partir de 1957. Sólo le falta el Premio Nacional de Literatura para el cual ha sido nominado en varias oportunidades. Si finalmente no se lo otorgan, se cometerá una injusticia más, tal como ya ocurrió con María Luisa Bombal, Vicente Huidobro, Nicómedes Guzmán y otros.

En "Oficio de Tinieblas", uno de sus últimos poemarios, González-Urizar muestra un arte más depurado, más bello, pero a la vez más a nivel de lo cotidiano. En efecto, una lectura total y reposada de esta obra nos permite apreciar cómo el hombre - poeta o el poeta - hombre está allí en cuerpo y alma, con sus inquietudes, angustias, recuerdos, amores, alegrías, etc., tan propias de todos los hombres inteligentes del planeta y que él, gracias a su talento, es capaz de transmutar en belleza mediante su palabra precisa, sugerente, hermosa, musical y profunda, a tal punto que sentimos y gozamos que está expresando lo que nosotros deseábamos decir, lo que habíamos sentido o sobre lo cual ya habíamos reflexionado más de una vez. No es el vocero de la tribu, pero es el vocero del Hombre, el hombre cuyo Yo navega en un mar muchas veces agitado o a punto de arrojarlo a sus simas insondables.

En el primer poema, "Sonata para laúd, voz y silencio", retoma la misma aspiración de Fray Luis de León: la opción por la vida retirada. Por eso el poeta nos dice: "No quiero más vivir en el estruendo/sólo oír una voz, su epifanía./ Los dimes y diretes enmudezcan,/y lo turbio a lo límpido se mude".

Asimismo, la amistad y admiración por el amigo que se ha ido para siempre es motivo de otro destacado poema: nos referimos a "La mirada que pesa sobre mí", donde nos habla de la presencia invisible de su gran amigo y colega en la Academia Chilena de la Lengua, Hernán del Solar, fallecido hace algunos años: "Hernán, le digo, muéstrate./siento que

estás aquí./volviste de tu nunca jamás./dime qué quieres,/qué me hablarán tus ojos que no sepa".

Y así, el amigo de ayer lo sume en la nostalgia y no puede evitar sentir una "Sed de ayer". Escuchemos: "Ayer, brasa tenaz./ lámpara viva, pan de mi nostalgia,/el antes y el después para mi sed.../Aguamiel de otros días./carne saudade aquesta que me punza./ escribo que te quedes y no mudes". Cuando le piden que se defina a sí mismo nos dice: "Del aire eres, del agua/del tiempo de la arena venturosa,/y del fuego que es signo/emblema del amor y de la muerte". Y el hombre, mortal irremediable, finalmente, "transido de la noche volverás al Padre./sólo la mirada de Dios te apacigua".

Otras veces se siente como un "Minotauro en redil" en el sentido de que "el que vuela - en vida o en sueños -/no cría musgo, no funda ni medra/conoce al dedillo los modos de huir/ y olvida sus nudos y pactos por el horizonte"; luego añade: "Pero vino el amor y tiró de mis riendas" y al final, cuando se encuentra el amor verdadero, no puede más que reconocer que "Sin ella, difícil tarea vivir, encontrarle razón a mi gana".

Pero de pronto su mirada se detiene en el instante - éste o cualquiera - y percibe cómo la muerte es omnipresente y tratamos de evitarla: "Alguien ahora, en este mismo instante,/fallece, expira, acaba, entrega su alma,/y no soy yo, me digo, el mortecino".

Por eso, ojalá que todos los suyos y los que ama "permanezcan mancebos y doncellas/ siempre verdes, de fuego, diamantinos". En otros momentos su mirada desciende a contemplar la miseria extrema que conviene con nosotros cotidianamente junto a los avances de la modernidad. Ahí está el "Milord de los tarros": "papelero de la madrugada, pordiosero celeste". Sin embargo, luego la remonta a dialogar con sus hermanos poetas yaidos: Luis de Góngora, Pablo Neruda, Juan de la Cruz, etc. cuyas palabras "cual jazmines/aroman largamente en mi memoria" y en seguida, mirando en torno suyo exclama: "Cómo pueden vivir sin su perfume,/los mostrancos./Con hierro mi desprecio los golpeará".

Por último, se despide con serenidad citando a un gran novelista griego: "Admiro el epitafio/ de Nikos Kazantzakis/ en su tumba de Creta:/ "No espero nada. Nada temo. Soy libre".

"Oficio de tinieblas" [artículo] Luis Agoni Molina.

Libros y documentos

AUTORÍA

Agoni Molina, Luis, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Oficio de tinieblas" [artículo] Luis Agoni Molina.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile